

Cuentos & Cuentistas

Slawomir Mrozek y la agridulzura polaca

Bartolomé Leal desde Santiago

Uno podría decir, en estos tiempos de abrumador dominio de lo norteamericano en el campo que sea, incluido el del arte, que todo lo demás (o lo distinto) es extraño; al punto de darnos una sensación de irrealidad que puede llevar a la negación de la existencia misma de otras formas de expresión. Por ejemplo, lo polaco. Nada más distante cultural y lingüísticamente hablando que lo polaco. Aunque lo polaco no es obvio. El territorio de la Polonia actual es el resultado de siglos de desmembramientos y agresiones; su diversidad étnica desapareció a punta de pogroms y migraciones forzadas. Hubo el comunismo polaco, que se nos olvida (o no queremos recordar) que existió, hoy en día relegado como un anacronismo, que ni siquiera ha dado para culto retro (como el soviético). Hay también el catolicismo polaco, uno de los más retrógrados del planeta, que dio un Papa de Roma (Wojtila) que provocó la más grande contrarrevolución conservadora en una religión que había evolucionado hacia posturas progresistas, con fuerte influencia en nuestra América Latina.

Polonia: país de magnos músicos (de Chopin a Lutoslawski, de Grotowski a Penderecki) y de capitales cineastas (Wajda, Polanski, Kawalerowicz¹, Kieslowski). Mas si hablamos de literatura polaca, hay tan poca que provoca desazón. Pero, ¿es tan poca? No es la polaca, queda claro, una literatura tan vasta y variada como la nuestra en idioma castellano, pero es interesante y hay autores excepcionales de originalidad total. Muchos de ellos optaron por el exilio para producirse. Reconozco que algunos narradores me han dado momentos inigualables de placer. Menciono de memoria al Conde Jan Potocki (*Manuscrito encontrado en Zaragoza*, 1804), a Witold Gombrowicz (*Ferdydurke*, 1937), a Jerzy Andrzejewski (*Las puertas del paraíso*, 1960), a Stanislaw Lem (*Solaris*, 1961); literaturas raras, fantásticas, ciencia-ficción de la mejor, sátiras, alegorías históricas, están entre sus características. Y no me olvido, por cierto, de Józef Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad (*Lord Jim*, 1900), valorado entre los narradores mayores de las letras británicas.

Si algo une a estos autores, es el delirio y la extravagancia (puede ser mi sesgo, hay también la obra piadosa de Henryk Sienkiewicz, Premio Nobel, el autor de *Quo Vadis?*, 1896). Esta onda desquiciada es también la de Slawomir Mrozek, nacido en 1930 en Cracovia, pero que pasó parte de su vida en el exilio, sobre todo Francia y México. Se ha expresado fundamentalmente como dramaturgo y cuentista. *El elefante* (1957) es una recopilación de relatos calificados de “sátiras” por su autor, por cuanto se dedica a atacar al régimen comunista de su época, desde los frentes más variados, dándole sin piedad. Mrozek por esto fue profusamente traducido en Europa occidental, que siempre fue oportunista para juntar aguas en la crítica de los países de la Europa comunista, todos cual más cual menos, satélites de la URSS. Los burócratas, con su fanatismo, su estupidez y su codicia, son un blanco preferido, aunque también el pueblo mismo, temeroso, supersticioso y fatalista; y también ciertos poderes apenas tocados, como el ejército y la iglesia católica, que prevaricaron al amparo del inepto régimen pro soviético. En esto, Mrozek es cercano a su mayor, Witold Gombrowicz (1904-1969), de quien nos ocuparemos pronto.

Mrozek no fue perseguido abiertamente por el sistema ya que logró construir un estilo sabiamente cargado de sugerencias, nunca nombrando directamente, nunca atacando de manera franca. Sus sátiras son solapadas e hirientes, algunos personajes pueden ser reconocidos, pero jamás como para que la referencia sea motivo de castigo. Ha publicado, aparte de *El elefante* (1957), los volúmenes de narraciones cortas *El progresista* (1960), *Un ratón en el armario* (1970), *Juego de azar* (2001), *La vida difícil* (2002) y *Dos cartas* (2003). Muchos son relatos brevísimos, entre los mejores del subgénero. Un detalle: el ejemplar de *El elefante* que consulto tiene un *plus*, ya que trae ilustraciones de Daniel Mròz, dibujante satírico menos conocido aunque no menos agudo que su compatriota el polaco-francés Roland Topor (coautor de *El planeta salvaje*, joya de la ciencia-ficción de animación). La gráfica polaca tiene su fama, como los magníficos afiches de cine.

He aquí, a modo de enumeración, algunos de los tópicos propios del comunismo polaco contra los que Mrozek lanza críticas, de paso aplicables a otros países comunistas y a los candidatos a ello; aunque por cierto, en muchos casos se pueden leer como válidas para cualquier modelo totalitario (a cada cual encontrar los paralelos):

- Los informes burocráticos, llenos de maldad casi demoníaca y locura fanática
- Las fiestas de adulación a los jefes, donde la autohumillación es un mérito
- La domesticación de los rebeldes, o las sutilezas de la crueldad oficial
- Las interpretaciones absurdas de la realidad, basadas en la delación, el rumor y la sospecha
- El encuadramiento de los escritores
- El odio a la felicidad y a los placeres sencillos
- La retórica de la creación de conciencia (en la jerga revolucionaria), que puede llegar hasta hacer crecer a los enanos
- El oportunismo para cooptar posibles cambios inevitables
- El sinsentido a que puede llegar la fe en la pretensión totalizadora de la ideología marxista
- Los desfiles patrióticos
- La degradación de los héroes revolucionarios por gracia de los homenajes de rutina (no se aceptan espontaneísmos)
- La retórica de la clase obrera y campesina en manos de los discursantes profesionales
- La cobardía de las protestas limitadas a los retretes
- Los desplomes de los líderes y la actitud ávida de los compañeros de ruta para ensañarse con los caídos
- La facilidad del soborno a los burócratas con poder
- La desvalorización de la persona en función del número (caso de los hombres-poste)
- Las metáforas para referirse a la huida como anhelo
- El uso del engaño para hacer méritos en el sistema
- La culpabilidad no definida como método de coerción
- La presencia oculta de los viejos valores en espera de su oportunidad (como el conde que para desarrollar sus capacidades amatorias necesita ver desfilar un regimiento de infantería, escuchar a una orquesta de cuerdas y ver bailar a un oso... y se los consigue)
- El repudio a la religión, pero como “delito de pensamiento”
- El chantaje con la espera del ataque del “enemigo”

Mrozek no da tregua, y en eso se halla en una línea constante en la narrativa polaca; y aunque muchas de estas críticas son aplicables a otras situaciones, en contextos diferentes, lo que él conoce de su cultura nacional lo predispone a emplear el recurso al absurdo. Sobre todo al humor absurdo. Y bueno, para una muestra del arte satírico de Slawomir Mrozek, aquí va un breve cuento tomado de su libro *Juego de azar*.²



La revolución
(Relato de Slawomir Mrozek)

En mi habitación la cama estaba aquí, el armario allá y en medio la mesa.

Hasta que esto me aburrí. Puse entonces la cama allá y el armario aquí.

Durante un tiempo me sentí animado por la novedad. Pero el aburrimiento acabó por volver.

Llegué a la conclusión de que el origen del aburrimiento era la mesa, o mejor dicho, su situación central e inmutable.

Trasladé la mesa allá y la cama en medio. El resultado fue inconformista.

La novedad volvió a animarme, y mientras duró me conformé con la incomodidad inconformista que había causado. Pues sucedió que no podía dormir con la cara vuelta a la pared, lo que siempre había sido mi posición preferida.

Pero al cabo de cierto tiempo la novedad dejó de ser tal y no quedo más que la incomodidad. Así que puse la cama aquí y el armario en medio.

Esta vez el cambio fue radical. Ya que un armario en medio de una habitación es más que inconformista. Es vanguardista.

Pero al cabo de cierto tiempo... Ah, si no fuera por ese «cierto tiempo». Para ser breve, el armario en medio también dejó de parecerme algo nuevo y extraordinario.

Era necesario llevar a cabo una ruptura, tomar una decisión terminante. Si dentro de unos límites determinados no es posible ningún cambio verdadero, entonces hay que traspasar dichos límites. Cuando el inconformismo no es suficiente, cuando la vanguardia es ineficaz, hay que hacer una revolución.

Decidí dormir en el armario. Cualquiera que haya intentado dormir en un armario, de pie, sabrá que semejante incomodidad no permite dormir en absoluto, por no hablar de la hinchazón de pies y de los dolores de columna.

Sí, esa era la decisión correcta. Un éxito, una victoria total. Ya que esta vez «cierto tiempo» también se mostró impotente. Al cabo de cierto tiempo, pues, no sólo no llegué a acostumbrarme al cambio —es decir, el cambio seguía siendo un cambio—, sino que, al contrario, cada vez era más consciente de ese cambio, pues el dolor aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

De modo que todo habría ido perfectamente a no ser por mi capacidad de resistencia física, que resultó tener sus límites. Una noche no aguanté más. Salí del armario y me metí en la cama.

Dormí tres días y tres noches de un tirón. Después puse el armario junto a la pared y la mesa en medio, porque el armario en medio me molestaba.

Ahora la cama está de nuevo aquí, el armario allá y la mesa en medio. Y cuando me consume el aburrimiento, recuerdo los tiempos en que fui revolucionario.

¹ El 28 de diciembre de 2007 falleció este gran maestro, a los 85 años. Jerzy Kawalerowicz dejó obras tan extraordinarias como “Sor Juana de los Angeles” (1961) y “Faraón” (1966).

² Mrozek tiene una legión de cultores en la red, de modo que busquen y encontrarán sus relatos.